

dos los pájaros del lugar, sin quedar *vademecum* que no la visitase. Dijéronle á Tomas que aquella dama decia que habia estado en Italia y en Flándes, y por ver si la conocia fué á visitarla, de cuya visita y vista quedò ella enamorada de Tomas; y él sin echar de ver en ello, si no era por fuerza y llevado de otros no queria entrar en su casa. Finalmente, ella le descubrió su voluntad y le ofreció su hacienda. Pero como él atendia más á sus libros que á otros pasatiempos, en ninguna manera respondia al gusto de la señora, la cual, viéndose desdeñada y á su parecer aborrecida, y que por medios ordinarios y comunes no podia conquistar la roca de la voluntad de Tomas, acordó de buscar otros modos á su parecer más eficaces, y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos; y así aconsejada de una morisca, en un membrillo toledano dió á Tomas unos destos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad á quererla, como si hubiese en el mundo hierbas, encantos ni palabras suficientes á forzar el libre albedrío; y así, las que dan estas bebidas ó comidas amatorias se llaman benéficas, porque no es otra cosa lo que hacen sino dar veneno á quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones. Comió en tan mal punto Tomas el membrillo, que al momento comenzó á herir de pié y de mano como si tuviera alferecía, y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió como atontado, y dijo con lengua turbada y tartamuda, que un membrillo que habia comido le habia muerto, y declaró quién se lo habia dado. La justicia, que tuvo noticia del caso, fué á buscar la malhechora; pero ya ella, viendo el mal suceso, se habia puesto en cobro, y no pareció jamas. Seis meses estuvo en la cama Tomas, en los cuales se secó y se puso, como suele decirse, en los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos; y aunque le hicieron los remedios posibles, sólo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento, porque quedò sano, y loco de la más extraña locura que entre las lócuras hasta entónces se habia visto.

Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginacion, cuando alguno se llegaba á él, daba terribles voces, pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se

le acercasen porque le quebrarian, que real y verdaderamente él no era como los otros hombres, que todo era de vidrio de piés á cabeza.

Para sacarle desta extraña imaginacion, muchos, sin atender á sus voces y rogativas, arremetieron á él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba. Pero lo que se granjeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo, dando mil gritos, y luégo le tomaba un desmayo, del cual no volvia en sí en cuatro horas, y cuando volvia era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no llegasen. Decia que le hablasen desde léjos y le preguntasen lo que quisiesen, porque á todo les responderia con más entendimiento, por ser hombre de vidrio y no de carne; que el vidrio, por ser de materia sutil y delicada, obra por ella el alma con más prontitud y eficacia que no por la del cuerpo, pesada y terrestre. Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decia, y así le preguntaron muchas y difíciles cosas, á las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio, cosa que causó admiracion á los más letrados de la universidad y á los profesores de la medicina y filosofia, viendo que en un sujeto donde se contenia tan extraordinaria locura como el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento, que respondiese á toda pregunta con propiedad y agudeza. Pidió Tomas le diesen alguna funda donde pudiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algun vestido estrecho no se quebrase; y así le dieron una ropa parda y una camisa muy ancha, que él se vistió con mucho tiento y se ciñó con una cuerda de algodón; no quiso zapatos en ninguna manera, y el órden que tuvo para que le diesen de comer sin que á él llegasen, fué poner en la punta de una vara una vasera de orinal, en la cual le ponian alguna cosa de fruta de las que la sazón del tiempo les ofrecia; carne ni pescado no lo queria; no bebia sino en fuente ó rio, y esto con las manos; cuando andaba por las calles, iba por la mitad dellas, mirando á los tejados, temeroso no le cayese alguna teja encima y le quebrase; los veranos dormia en el campo á cielo abierto, y los inviernos se metia en algun meson, y en el pajar se enterraba hasta la garganta, diciendo que aquélla era la más propia y más segura

cama que podían tener los hombres de vidrio; cuando tronaba, temblaba como un azogado, y se salía al campo y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad; tuviéronle encerrado sus amigos mucho tiempo, pero viendo que su desgracia pasaba adelante, determinaron de condescender con lo que él les pedía, que era le dejaran andar libre, y así le dejaron, y él salió por la ciudad causando admiración y lástima á todos los que le conocían. Cercáronle luego los muchachos; pero él con la vara los detenía, y les rogaba le hablasen apartados, porque no se quebrase; que por ser hombre de vidrio era muy tierno y quebradizo. Los muchachos, que son la más traviesa generación del mundo, á despecho de sus ruegos y voces le comenzaron á tirar trapos y aun piedras, por ver si era de vidrio como él decía; pero él daba tantas voces y hacía tales extremos, que movía á los hombres á que riñesen y castigasen á los muchachos porque no le tirasen.

Mas un día que le fatigaron mucho, se volvió á ellos diciendo:

—¿Qué me quereis, muchachos, porfiados como moscas, sucios como chinches, atrevidos como pulgas? ¿Soy yo por ventura el monte Testacho de Roma para que me tireis tantos tiestos y tejas?

Por oírle reñir y responder á todos, le seguían siempre muchos, y los muchachos tomaron y tuvieron por mejor partido ántes oírle que tiralle.

Pasando, pues, una vez por la ropería de Salamanca, le dijo una ropera:

—En mi ánima, señor Licenciado, que me pesa de su desgracia; pero ¿qué haré que no puedo llorar?

Él se volvió á ella, y muy mesurado le dijo:

—*Filiæ Hierusalem, plorate super vos, et super filios vestros.*

Entendió el marido de la ropera la malicia del dicho, y díjole:

—Hermano licenciado Vidriera (que así decía él que se llamaba), más teneis de bellaco que de loco.

—No se me da un ardite,—respondió él,—como no tenga nada de necio.

Pasando un día por la casa llana y venta comun (1), vió que estaban á la puerta della muchas de sus moradoras, y dijo que eran bagajes del ejército de Satanás, que estaban alojados en el meson del infierno.

Preguntóle uno, que qué consejo ó consuelo daría á un amigo suyo que estaba muy triste porque su mujer se le había ido con otro.

A lo cual respondió:

—Dile que dé gracias á Dios por haber permitido le llevasen de casa á su enemigo.

—Luego ¿no irá á buscarla?—dijo el otro.

—Ni por pienso,—replicó Vidriera,—porque sería el hallarla, hallar un perpétuo y verdadero testigo de su deshonra.

—Ya que eso sea así,—dijo el mismo,—¿qué haré yo para tener paz con mi mujer?

Respondióle:

—Dáale lo que hubiere menester; déjala que mande á todos los de tu casa, pero no sufras que ella te mande á tí.

Dijole un muchacho:

—Señor licenciado Vidriera, yo me quiero desgarrar de mi padre, porque me azota muchas veces.

Y respondióle:

—Advierte, niño, que los azotes que los padres dan á los hijos honran, y los del verdugo afrentan.

Estando á la puerta de una iglesia, vió que entraba un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos, y detras venía uno que no estaba en tan buena opinión como el primero, y el Licenciado dió grandes voces al labrador, diciendo:

—Esperad, Domingo, á que pase el sábado.

De los maestros de escuela decía que eran dioses, pues trataban siempre con ángeles dichosísimos, si los angelitos no fueran mocosos.

Otro le preguntó, que qué le parecía de las alcahuetas. Respondió que no lo eran las apartadas, sino las vecinas.

(1) La casa donde habitaban las prostitutas.

Las nuevas de su locura y de sus respuestas y dichos, se extendieron por toda Castilla; y llegando á noticia de un príncipe ó señor que estaba en la córte, quiso enviar por él, y encargóselo á un caballero amigo suyo que estaba en Salamanca, que se lo enviase; y topándole el caballero un día, le dijo:

—Sepa el señor licenciado Vidriera, que un gran personaje de la córte le quiere ver y envía por él.

A lo cual respondió:

—Vuesa mercé me excuse con ese señor, que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear.

Con todo esto, el caballero le envió á la córte, y para traerle usaron con él desta invencion: pusieronle en unas argüeñas de paja, como aquéllas donde llevan el vidrio, igualando los tercios con piedras, y entre paja puestos algunos vidrios, porque se diese á entender que como vaso de vidrio le llevaban.

Llegó á Valladolid, donde en aquel tiempo estaba la córte; entró de noche y desembanastáronle en la casa del señor que había enviado por él, de quien fué muy bien recibido, diciéndole:

—Sea muy bien venido el señor licenciado Vidriera: ¿cómo ha ido en el camino? ¿Cómo va de salud?

A lo cual respondió:

—Ningun camino hay malo como se acabe, sino es el que va á la horca; de salud estoy neutral, porque están encontrados mis pulsos con mi cerebro.

Otro día, habiendo visto en muchas alcándaras muchos neblíes y otros pájaros de volatería, dijo que la caza de altanería era digna de príncipes y de grandes señores; pero que advirtiesen que con ella echaba el gusto censo sobre el provecho á más de dos mil por uno. La caza de liebres dijo que era muy gustosa, y más cuando se cazaba con galgos prestados.

El caballero gustó de su locura, y dejóle salir por la ciudad debajo del amparo y guarda de un hombre que tuviese cuenta que los muchachos no le hiciesen mal, de los cuales y de toda la córte fué conocido en seis días; y á cada paso, en cada calle y en cualquiera esquina, respondía á todas las preguntas que le hacían, entre las

cuales le preguntó un estudiante si era poeta, porque le parecía que tenía ingenio para todo.

A lo cual respondió:

—Hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso.

—No entiendo eso de necio y venturoso,—dijo el estudiante.

Y respondió Vidriera:

—No he sido tan necio que diese en poeta malo, ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno.

Preguntóle otro estudiante que en qué estimacion tenía á los poetas. Respondió que á la ciencia en mucha, pero que á los poetas en ninguna. Replicáronle que por qué decía aquello. Respondió que del infinito número de poetas que había, eran tan pocos los buenos, que casi no hacían número; y así como si no hubiese poetas, no los estimaba; pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía, porque encerraba en sí todas las ciencias; porque de todas se sirve, de todas se adorna y pule, y saca á luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla. Añadió más:

—Yo bien sé en lo que se debe estimar un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio, que dicen:

*Cura ducum fuerunt olim Regumque poetæ:
Præmiaque antiqui magna tulere chori.
Sanctaque majestas, et erat venerabile nomen
Vatibus: et largæ sæpe dabantur opes.*

Y ménos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platon intérpretes de los dioses, y de ellos dice Ovidio:

Est deus in nobis, agitante calescimus illo.

Y también dice:

At sacri vates, et Divum cura vocamur.

Esto se dice de los buenos poetas; que de los malos, de los churrulleros, qué se ha de decir sino que son la idiotez y la ignorancia del mundo?